

## *Una visión personal*

**RAMÓN ARNAU - GARCÍA\***

**D**esde la postura de quien se sabe a la vez creyente y filósofo, Julián Marías, con la probidad intelectual que le es característica, formula una pregunta sobre la que él llama perspectiva cristiana, es decir, sobre la postura característica del hombre, al enfrentarse con la realidad desde una dimensión nueva, el cristianismo, que le suscita problemas y, acaso, también le aporta evidencias.

Una vez más, Marías se pregunta por el hombre, y en esta ocasión, al intentar esclarecer qué es el hombre desde el cristianismo, lo hace, sin duda alguna, impulsado por el principio petrino que estimula

a dar razón de la fe (1 P 3, 15). Y como quiera que aspira a formular los principios fundamentales de lo que pudiéramos llamar una antropología desde la fe, recurre al criterio metodológico establecido por san Agustín: *credo ut intelligam*, creo para entender, y por san Anselmo: *fides quarens intellectum*, la fe busca la intelección. Dar razón de la realidad del hombre, mediante una reflexión rigurosamente intelectual sobre las verdades cristianas, es el intento de Marías en este libro que, si corto en espacio, es largo, muy largo, en contenidos.

Prescindo de comentar el sugestivo capítulo con que inicia el libro, y en el que con fina

\* Teólogo.

sensibilidad histórica enjuicia el momento histórico en que apareció el cristianismo. En el capítulo siguiente presencia el monoteísmo cristiano, predicado de Dios que es Uno y Trino. Como buen intelectual cristiano, Marías no renuncia a poder decir una palabra esclarecedora sobre el máximo misterio de la fe cristiana, y la dice con precisión, al recurrir a la realidad personal de las personas divinas. Me hubiese gustado que en esta ocasión, al tiempo que modera la definición de persona formulada por Boecio, y propone la interpenetración de la persona como presupuesto analógico para poder hablar de las personas Divinas, se hubiese referido al precioso texto del Toledano VI que profesa la fe en estos términos: *Credimus... unum Deum solum, non solitarium*, creemos en un solo Dios, aunque no solitario. Pues, como se deduce de lo apuntado por Marías, la no soledad de Dios, comprendida desde la relación interpersonal, es la base para poder reflexionar sobre el misterio trinitario de Dios.

Si he entendido bien el pensamiento de Marías, su idea fundamental en este escrito es la que considera al hombre como hijo de Dios y por ello vive en fraterna relación con los demás hombres. Con formulación digna de ser reproducida literalmente escribe: “Esa paternidad divina es el fundamento de la *hermandad* de los hombres: son hermanos por ser hijos del mismo Padre; si se suprime esto, se elimina el fundamento de la fraternidad” (p. 53). Y desde aquí enjuicia determinados comportamientos de los cristianos, que no casan con esta maravillosa doctrina de la fraternidad. En un momento en que el mundo anda tan necesitado de ideas fecundas y consoladoras sobre las que rehacer la tan maltrecha relación entre los hombres, Marías, con luminosidad penetrante, vuelve su mirada de creyente y de pensador hacia Dios Padre y fundamenta en el amor

cristiano la posibilidad de la convivencia fraternal entre los hombres.

Estremecedoras resultan las hermosas páginas que dedica a la consideración histórica de la Encarnación del Verbo. El comentarista se siente encogido pues sabe que cualquier cosa que diga deslucirá lo propuesto por Marías. “El carácter histórico de la Encarnación no significa sólo, ni primariamente, su localización en un momento preciso de la historia. No es el fin de la historia, su culminación, sino su comienzo verdadero” (p. 60). Y dando un paso adelante, Marías recurre a sus propias ideas sobre la historia y presenta la repercusión de la Encarnación como una proyección de futuro para el hombre, quien, desde su carácter biográfico, se ha de realizar a partir de la libertad en diálogo con la vida aportada por el Hijo de Dios en la Encarnación.

Quien se ha adentrado en las preguntas fundamentales del hombre desde la perspectiva cristiana, no puede sustraerse a la consideración de la inmortalidad y de la resurrección de la carne, y Marías aborda el tema con una finura no usual en nuestro tiempo. Comienza planteando la cuestión desde la que, acaso, reconoce “como evidencia, de que hay *algo más* que el cuerpo que se destruye y, por lo tanto, de la muerte corporal” (p. 79). Tras esta afirmación, que quizá para alguno pueda resultar un tanto dogmática, ofrece un fino análisis, más insinuado que desarrollado, dadas las dimensiones del libro, sobre el sujeto de la inmortalidad. Y aquí Marías vuelve sobre lo que ya tiene escrito en otras partes, y que es deducción lógica de todo su pensamiento sobre el hombre: seré inmortal yo mismo, es decir mi persona. Pero Marías, que en este precioso libro se muestra con toda humildad y probidad intelectual un cristiano que ha asimilado la fe, considera la inmortalidad

desde la dimensión exclusivamente cristiana de la resurrección, que se basa en la de Jesucristo. Son tan veraces sus palabras en este momento que estimulan a la repetición literal: “La *resurrección* es racionalmente inaccesible, por supuesto indemostrable, objeto de la revelación. Su fundamento es el de Cristo, que la ejemplifica y la muestra, la hace accesible, ante los apóstoles y muy particularmente ante Tomás... La resurrección, inaccesible a la razón, insistimos en ello, incomprendible para los griegos, es *núcleo esencial* del cristianismo, fundada en la de Cristo y prometida por él a todos los hombres” (p. 80-81).

Y resucitará la carne, es decir todo el hombre, que desde su cuerpo es personal y carnal. Y si la carne ha sufrido el trance de la descomposición, la persona continúa viva, y desde la persona es concebible la resurrección de la carne. Al terminar la lectura de este capítulo, el lector siente en su espíritu como una brisa de suave consuelo que le tonifica, al percatarse de nuevo que la vida se funda sobre la esperanza de un futuro de perfección que no acaba. Y como colofón a esta reflexión, la defensa, justa y ponderada, de los valores mundanos, que ha de vivir plenamente el cristiano como cumplimiento de la voluntad de Dios, como se pide en el Padrenuestro.

Donde Marías muestra una especial sensibilidad es en los dos capítulos en que trata de Dios como amor y de la criatura amorosa. Comienza la reflexión con esta tajante afirmación: “La palabra clave del cristianismo es *amor*” (p. 95). Partiendo del precioso texto de la primera carta de san Juan (1 Jn 4, 16), Marías, con la perspicacia propia del pensador, advierte que en este texto joánico se da a conocer lo que es Dios, que Dios es amor. La “consistencia” de la divinidad, como dice Marías, es el amor. Y

desde el amor divino cobra también consistencia la realidad amorosa del hombre. Amor que establece relaciones interpersonales con los otros hombres, amor que constituye a la persona como criatura amorosa. Una vez más insiste Marías en la idea, para él sumamente grata, de que la persona no se define desde la mera capacidad racional, sino desde la relación amorosa con los demás. Con estas certeras palabras recoge Marías su pensamiento: “Desde la noción de criatura amorosa se abre para el hombre el horizonte del amor inteligente y justo como plenitud de su condición” (p. 104).

Tras un paréntesis de dos capítulos, que en sí son complementarios, y en los que trata de “Las infidelidades cristianas al cristianismo” (p. 105), abusos en nombre de la religión cristiana, y “La hostilidad al cristianismo” (p. 113), frente a la cual matiza que resulta comprensible que muchas personas sientan dudas, dificultades, zozobra, angustia ante la incertidumbre, pero lo que no se entiende es que se sienta hostilidad y repugnancia a algo que en todo caso *sería admirable* (p. 117), emprende Marías la recta final de su reflexión, y lo hace desde su más estricto pensamiento antropológico. Si a lo largo de su escrito ha ido poniendo de relieve la dimensión personal del cristiano, para terminar propone a la persona como raíz de la visión cristiana, y con formulación audaz y verdadera afirma que el cristianismo *consiste* en la visión del hombre como persona (p. 119). Y es que el cristiano, ante la fe, “se ve a sí mismo como alguien inconfundible, no ‘algo’, un ‘quien’ distinto de todo ‘qué’, con *nombre propio, creado* y amado por Dios, no solo y aislado, sino en *convivencia* con los que, por ser hijos de Dios, son *hermanos*”. Con pulcra formulación remata Marías esta preciosa página diciendo: “Si esto se *piensa*, se hace una *antropología* de la persona

humana, si se lo vive, se es simplemente cristiano” (p. 120).

Y este modo personal de vivir el cristianismo, este estilo de vida cristiano, exige como condición previa la libertad y la responsabilidad. Partiendo del respeto de Dios a la libertad de María en la Encarnación, Marías propone una vez más, en su pensamiento es una constante, que la libertad está ligada a la realidad de la persona, de ahí que la persona para el cristianismo tenga que ser siempre responsable, mejor dicho, se tenga que ir haciendo a golpes de responsabilidad.

Como pensador sobre el hombre, que en último término esto es para mí Julián Marías, acaba su reflexión suscitando un optimismo, que se deduce de la novedad aportada por el cristianismo, por lo menos como una posibilidad: la capacidad que el hombre tiene de realizarse como persona, desde la apertura trascendente a Dios que es amor, y la relación amorosa con sus hermanos.

Hay libros que de su lectura se aprende, otros, los menos, al enseñar deleitan espiritualmente. Entre estos últimos hay que colocar el precioso libro con que Marías acaba de obsequiar no sólo a los cristianos, sino a todo aquel que sienta en su interior una preocupación por el hombre como posibilidad a realizarse. Debo confesar que en la medida de que me iba adentrando en la lectura de este libro, venían a mi recuerdo lecturas ya antiguas de Romano Guardini, pues en ambos autores la sensibilidad religiosa e intelectual se hermanan con vínculo inseparable. Dada la profundidad con que la fe y el pensamiento quedan patentes en este escrito de Marías, no tengo inconveniente en proponerlo como modelo acabado de lo que debe ser el humanismo cristiano.